



NE9859

6714

leer y viajar
argentina

BAJO EL SOL DE LA PAMPA

Hay una Argentina menos parisienne que Buenos Aires. Es el interior del continente. Un territorio tan desolado que, tal vez, sólo un escritor del estilo de Osvaldo Soriano podía dedicarse a su contemplación.

Por Pedro Guerrero

BUENOS Aires crece de espaldas a la pampa, mirando Europa desde la desembocadura turbia del Río de la Plata. Sólo así ha logrado mantenerse a salvo del vértigo desolador que provoca ese universo de pasturales y caseríos insólitos que se extiende, sin relieves ni límites visibles, hacia el interior del continente.

El escritor argentino Osvaldo Soriano exploró «la hora sin sombra» (1995, Editorial Norma) las carreteras que se intersecan por esa tierra pródiga y olvidada. Un mundo del que «no hace tanto tiempo» el gaucho era el único amo, y que hoy se reparten chacareros, crocos (vagabundos) y toda clase de renegados.

Soriano lo recorrió en un viejo Torino armado a pedazos, tal como la historia que va escribiendo en su computadora portátil. No es su único compañero en esta road-novel improvisada. Aunque pacífico por temperamento, el Gordo —así lo llamaban con cariño— lleva también la pistola que le compró a un veterano de las Malvinas, en circunstancias pacíficas. La dispara de trecho en trecho para quitarse de la cabeza un exasperante zumbido que se ha mostrado refractario a terapias más convencionales. Su viaje es una búsqueda doble. La de su padre, que se acabó de escapar del hospital donde lo desahuciaron, y la del pasado familiar, que el autor encuentra en el Buenos Aires glamoroso de los años 40 y 50. El de Perón, Palmolive y el cine de teléfono blanco.

«Estuve manejando un día entero sin parar y no daba más. Apenas conseguí mantener los ojos en la ruta, iba lento y concentrado en el ruido de la crepa. Tenía la intención de escribir al menos una página con el episodio en el que mi padre empieza a proyectar películas para Laura. Unas líneas que reflejaran aquella emoción y la situaran en la historia como un eje alrededor del cual el personaje se movería después. Era una idea que me rondaba desde hacía algún tiempo y quería hacer un bosquejo para saber si luego podría aventurarme sobre terreno firme. Bajé la velocidad y busqué un lugar apropiado para descansar y tirarme los brazos que necesitaba. Cinco o seis kilómetros más adelante, sobre la derecha, encontré un camino bastante descuidado que debía servir para que los camiones cargaran la hacienda. Estaba seco,

lleno de pozos y huellones. Puse el Torino en segunda y entré con cuidado de no rayarlo con el alambre de púa que bordeaba el campo».

«El sol me encandilaba y no podía ver bien. Las vacas pastaban, bobas, aquí y allá, y los chimangos volaban haciendo círculos en el cielo antes de precipitarse sobre alguna carroña. Hice un trocho sin ver un alma hasta que divisé un bosquecito y una casa abandonada que había pertenecido al casco de una estancia. En un costado tenía un pozo y un tanque australiano en el que podía bañarme y desentumecer los músculos. Paré a la sombra de los árboles y aunque hacía fresco saqué el jabón y una toalla y fui a espantar las vacas que estaban en el bebedero. Ni caso me hicieron; el lugar estaba lleno de jilgueros, pechitos colorados y bosteros que se salieron volando al sentir que me acercaba. Me desahucé, me metí en el tanque y como el agua me llegaba a la cintura pude dar unas brazadas y jugar a que buscaba tesoros en el fondo. El agua no era transparente y había muchos mosquitos, pero estaba tan contento de mojarme y estirar el cuerpo que no me importó».

«Al salir me ardía un poco la piel y después de secarme fui hasta el coche a frotarme con un poco de alcohol, como me había recomendado un paisano de Sunchales el día que se me pegaron unas pulgas en una cabeza abandonada. También me había recomendado que hirviera hojas de ortiga y me las pasara por la cara para que no me picaran los mosquitos, pero temí que fuera una broma y no le hice caso. Me sentía mucho mejor aunque el zumbido seguía ahí, peleando contra la página que planeaba escribir. Me vestí, preparé la pistola con el cargador completo y me alejé en dirección a la casa para que el ruido no enloqueciera a los animales. Le apunté a la chimenea, me concentré en el zumbido y disparé dos veces. No le acerté ni por asomo, pero las detonaciones me despejaron bastante.» (1995)

• Osvaldo Soriano nació en Mar del Plata, el 6 de enero de 1943. Murió hace diez meses en Argentina.

• Su primera novela, «Fritito, trillero y frito», apareció en 1973. Fue un éxito, al igual que las siguientes: «No habrá más penas ni olvido» (1978), «Cuarenta de invierno» (1981), «A las plantas rendidas un libro» (1986), «Una sombra ya pronta murió» (1992) y «El ojo de la patria» (1992).



Bajo el sol de la pampa [artículo] Pedro Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guerrero, Pedro Pablo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Bajo el sol de la pampa [artículo] Pedro Guerrero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile